

## PERSPECTIVAS SOBRE EL CICR



### Farzana Sadat

30 años, beneficiaria del programa de ortopedia del CICR en Afganistán

\*\*\*

Mi familia es oriunda de la provincia de Logar, en el este de Afganistán. Cuando yo era niña, como la región donde vivíamos no era segura a causa de la guerra, huimos de nuestro hogar para instalarnos en casa de parientes en Kabul. De pequeña, me gustaba jugar afuera con los hijos de nuestros vecinos. Perdí la pierna por una mina antipersonal cuando tenía catorce años. Iba a casa de mis vecinos cuando pisé una mina; la explosión me lanzó al aire en una nube de polvo. Recuerdo las voces ensordecedoras de la gente que gritaba mientras yo estaba tendida en el suelo, desorientada y ensangrentada.

Mi padre y otras personas oyeron la explosión y vinieron a socorrerme. Recuerdo su mirada de horror cuando me levantó. Junto a otras personas, me trasladó inmediatamente al hospital en una carretilla. No recuerdo lo que ocurrió camino al hospital, pero los sollozos de mi madre y los de las otras personas presentes me quedaron grabados en la memoria. Cuando llegamos al sector de emergencias del hospital, el personal médico corrió para atenderme antes de que perdiera el conocimiento. Supe después que el CICR prestaba apoyo a este hospital para que pudiera tratar a las personas heridas en los combates que tenían lugar en Kabul, durante la guerra.

Tenía la mente embotada al despertarme al día siguiente y estaba somnolienta. Los médicos me informaron entonces que la pierna derecha había sufrido heridas graves y que no habían logrado salvarla. Habían tenido que amputar. En medio del impacto emocional, me deshice en lágrimas. Mis padres, que estaban presentes, se acercaron para consolarme. Estuve 40 días en el hospital para recuperarme, luego me dejaron ir.

Ya en casa, me di cuenta de que mi vida iba a ser difícil. Como no lograba caminar sola, no podía ir a la escuela. Mi familia me ayudaba a hacer frente a esta situación, todos los días. Luego de dos meses en casa, me llevaron al centro de ortopedia del CICR, en Wazir Akbar Jan, donde realizaron un molde para fabricar una pierna artificial. Dos semanas más tarde, volví al centro de ortopedia: me pusieron una pierna a medida y empecé a hacer fisioterapia. Gracias a esas sesiones, aprendí a caminar de nuevo en algunas semanas.

Sin embargo, aunque la asistencia médica del CICR era gratuita, mi familia tenía dificultades para llegar a fin de mes. Pregunté entonces en el centro de ortopedia si yo podía trabajar allí, para poder ayudar a mi familia. Por suerte, justamente el centro necesitaba una persona más en la lavandería y pude obtener ese puesto.

Después de haber trabajado en la lavandería del centro de ortopedia del CICR durante siete meses, me di cuenta de que podía ser más útil. Me dirigí entonces a la dirección del centro, para preguntar cómo podría contribuir para atender a los pacientes y participar en su rehabilitación física. Se me aconsejó volver a la escuela, porque era indispensable una educación básica para prepararme para una formación en ortopedia. Volví entonces a la escuela y, con el apoyo financiero del CICR, estudié hasta obtener el diploma de noveno año. Después, comencé a trabajar como pasante en el centro de ortopedia, mientras seguía yendo dos horas por día a la escuela nocturna. Al final de doce años de escuela, el CICR financió mi participación en una formación de cuatro años como técnica ortopedista y luego hice un curso de perfeccionamiento de un año.

Durante el período de formación en el centro de ortopedia, trabajaba como técnica para reforzar mis conocimientos y mis capacidades, y adquirí experiencia trabajando con los pacientes. La satisfacción que siento cuando puedo ayudar a un paciente siempre es muy gratificante. Como yo misma soy discapacitada, comprendo lo que sienten los pacientes y las pruebas por las que deben pasar. Esto me permite ayudarlos. Siento su dolor y siempre hago lo mejor que puedo para ayudarlos a superar sus dificultades.

El CICR me dio una oportunidad excepcional de ayudar a las personas que, como yo, sufren una discapacidad: deseo seguir ayudando a los demás y ganarme honestamente la vida gracias a mi trabajo. Soy soltera y el único sostén de mi familia, integrada por once miembros. Mis padres están enfermos y no pueden prescindir de mi apoyo para sus tratamientos y necesidades diarias. Todos mis hermanos y hermanas, aparte de una hermana que está casada, dependen de mi sueldo para satisfacer sus necesidades básicas.

Desde que comencé a trabajar para el CICR hace quince años, he sido testigo de cómo ha ido aumentando la ayuda en ortopedia para las personas discapacitadas. Hace algunos años, el centro fue trasladado de Wazir Akbar Jan a un complejo más grande, ubicado frente a la Universidad de Kabul, con el objetivo de hacer frente al número creciente de víctimas de la guerra. Esto es lo que he podido observar:

1. Al contratar más técnicos ortopedistas y mejorar la calidad de la formación, el centro ha logrado hacer frente al incremento de las necesidades; sin embargo, siempre les faltan más técnicos, porque la demanda de dispositivos ortopédicos es cada vez más alta.
2. El recurso a mejores tecnologías, como la del polipropileno, para la fabricación de dispositivos ortopédicos livianos, permite a los pacientes disponer de implementos fáciles de usar y también simplifica nuestro trabajo.
3. A medida que la demanda de servicios de rehabilitación física aumentaba, el centro de ortopedia convocó a más personal y tuvo más material. Está entonces en mejores condiciones para responder a las necesidades de los pacientes.
4. El nuevo programa de integración social propone una formación práctica y microfinanciación; de esta forma, algunos pacientes pueden reinsertarse en la comunidad con los recursos que les permiten iniciar un pequeño negocio, ganarse la vida y mantener a su familia.